

# EL ARAÑERO

HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN  
COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### EL PATRULLERO

Hay gente que no quiere creerlo. La otra vez lo comenté y me dijeron que yo estaba mamando gallo, cuando dije lo del Patrullero de ahí de Elorza. Yo lo vi. Cuarenta y cinco metros de largo conté yo a pepa de ojo. Veníamos una noche de Puerto infante, en la lancha, con los soldados. ¿Quién ha visto piedra en el Arauca? ¿Tú has visto piedra en el Arauca? no hay piedras, y parecía una piedra. Es más, la propela tocó el lomo del caimán y se dobló. Eso no me lo cree a mí nadie, pero bueno, qué culpa tengo. Yo vi al Patrullero por aquí, entre Puerto infante y Elorza, era como la medianoche. Hay gente que cree que es una isla, es un caimán que tiene una palmera en el lomo.



# EL ARAÑERO



HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN  
COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

## LA AREPA DE EL CAVIAR

¿Quién se acuerda de aquella arepera? ¡El Caviar! Se acabó El Caviar, vale. Más de una vez tuve que darle como cien vueltas al patio. ¿Saben por qué? Había un alférez en la prevención que era un inmoral. Uno venía de la calle y con el único bolívar que le quedaba había pagado el carrito y llegaba a comer una arepita ahí en El Caviar, antes de cruzar el puente donde se acababa la libertad, antes de entrar a la Academia. Viene un alférez de la prevención y me dice: “Mire, nuevo, arepa al fren...”

A veces uno se llevaba una arepa escondida en la gorra o por allá adentro, tú sabes. Varias veces pasé arepa de contrabando, sobre todo cuando sabía que quien estaba de guardia en la prevención era un alférez buena gente. Entonces no había lío. Pero si era un alférez severo, ni loco uno llevaba una arepa. Aquel alférez me mandó a que me devolviera y que tenía que llevarle una arepa. Yo no tenía una locha, de dónde iba a sacar yo para comprar arepa, y si hubiera tenido tampoco le compro la arepa. Bueno, me mandó a darle la vuelta al patio, como cien vueltas di por la arepa esa.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### JUGANDO CHAPITA

Yo era recluta, cadete de primer año. Eso fue como en noviembre o diciembre de 1971. Salí de permiso un día. Era nuevecito y flaquito. La gorra me quedaba grandota y me tapaba hasta las orejas. Entonces uno agarraba un libre en el Valle, donde hoy están esos edificios. Ahí no había edificios, eran casas y edificios pequeños. Longaray se llama eso. Por ahí pasaban los taxis. Uno se paraba ahí vestidito de azul, impecable, con los guantes blanquitos y sacaba la mano al primer taxi que pasaba. Y yo perdido en Caracas, pero me iba a casa de mi tío Chicho Romero, que era chofer de un por puesto, de una camioneta. Vivía con su mujer en la calle Colombia, de Catia, cerca del mercado. En una casita que tenía una habitación, y un cuartico allá atrás. Ahí llegaba yo. Me iba de azul y le dije al señor: “¿Cuánto me lleva hasta Catia en la calle Colombia?”. “Cinco bolívares, vamos, un cachete”.

Uno se montaba atrás, se quitaba los guantes, y mirando hacia los lados, viendo a Caracas. Andaba asustado, era un veguero, pero del monte adentro. Yo vine a sentarme a ver televisión ahí, chico, en esos años. Pues entonces pasaba por el Cementerio General del Sur, miraba la tumba del “Látigo Chávez”, me la imaginaba. El chofer, en vez de tomar la autopista por los túneles, se metió por la avenida nueva Granada hasta el cine Arauca. El viejo cine Arauca donde yo iba con una novia que después tuve por ahí, en Prado de María. Ahí no había elevado, cruzamos a la izquierda. Yo iba ahí, mirando hacia los lados, nuevo, perdido, muy curioso.



De repente veo a un muchacho jugando chapita. Y me digo: “Yo conozco a ese tipo”. Jorge Ramírez, mi amigo, cuarto bate de nuestro equipo *junior* en Barinas, en nacionales. Zurdo, primera base y se había graduado conmigo cuatro meses antes de bachiller. Se vino a Caracas a estudiar creo que Farmacia, estaba esperando cupo. Y le digo al taxista: “Señor, ¿usted se puede devolver?” Dimos la vuelta por detrás de los edificios, ahí está la Gran Colombia, pasamos de nuevo y le digo: “Párese aquí, por favor”. Y me quedo mirando otra vez al muchacho, y me digo: “Sí, éste es Jorge Ramírez, no tengo dudas”. “Señor, usted me puede esperar aquí, pero un minuto”. “no vaya a durar mucho, nuevo”, me dijo. Uno era tan nuevo que hasta los choferes le decían a uno nuevo.

Le llego a Jorge y me le pongo de frente. Él no me conocía, chico. Yo estaba mucho más flaco de tanto trotar y hacer educación física, estaba huesudo y con la gorra esa que me tapaba hasta las orejas. ¿Qué me iba a reconocer? Y me dice Jorge: “Y tú, ¿qué quieres?”. “Jorge, ¿no me conoces?”. Me quito la gorra, y me dice: “¡Hugo!”, y nos damos un abrazo. Él no sabía que yo era cadete. “¿Qué haces?”, “¿dónde estás?”. No, “en la Academia Militar”. “¿Tú de militar?”. “Sí, vale, es que yo quiero jugar pelota aquí”. “Yo también vale, yo voy a jugar pelota en alguna parte”.

Éramos unos “fiebruos” y estaba jugando chapita. ¿Tú sabes lo que yo estaba haciendo a los diez minutos? Con un *blue jeans* que me prestó, unas botas de goma del hijo mayor de Josefa –a la que conocí ese día y a su esposo, tía de él–, pues jugando chapita en el edificio Aroa. Ahí pasé cuatro años jugando chapita, saliendo con los amigos, caminando hasta la esquina de la panadería, la heladería allá, la licorería en la esquina que después a los años mataron al señor para atracarlo. Bueno, yendo al Cine Arauca, caminando por esos barrios.

HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN  
COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

## CHAMPION ESTAFADOR

Una vez en un torneo interfuerzas quedé *champion* estafador. ¡Fíjate tú!, me robé como siete bases en un torneo. Yo era rápido de piernas en eso de salir a robar. Mi hija Rosa Virginia estaba presente el día de las premiaciones. “Teniente Hugo Chávez”. Salgo yo, y mi hija me pregunta: “Papá, ¿qué es eso de estafador?, ¡explícame!, ¿cómo es eso de estafador y no estás preso?”. ¡Imagínate tú!, tuve que explicarle a mi negrita varias veces hasta que entendió.

A mí me encantaba que Encarnación Aponte me diera seña a robo cuando estaba en primera base, abriendo bastante ahí. Señal de robo cuando el *pitcher* levantaba un poquito el spike y se disparaba uno para segunda base. Una vez, una sola vez me robé el *home*. Recuerdo que fue en un campeonato nacional. Goyo, ¿recuerdas? En Barinas, 1976.

Jugábamos contra Aragua. Yo era ya subteniente; estaba en tercera base y el juego empatado. Encarnación Aponte, el *manager*, me dice: “Coge bastante, Chávez, que el *catcher* está medio descuidado”, por no decir otra palabra. Resulta que estaba bateando Goyo Morales, era el *short stop* de nosotros, buen pelotero. Yo abro bastante y cuando el *pitcher* lanza, agarro bastante terreno y vuelvo a



agarrar terreno. En una de esas, cuando el *catcher* va a devolverle al *pitcher*, se le cae la pelota como a un metro del *home*. Yo me voy disparado para *home* y me deslizo.

El *catcher* busca la pelota y se lanza tapando el *home*. Y hay una foto de ese robo del *home*. Aparece el *umpire*, que era un amigo que le decíamos “el Ganso”, y Goyo Morales está con el bate así, con el casco puesto, mirando la jugada. Y al fondo de la foto, detrás en la tribuna aparecen sentadas mi madre y mi novia Nancy Colmenares, mi primera esposa, madre de mis tres hijos mayores, a la que saludo afectuosamente. Es una foto así como para la vida. Nunca la había visto hasta que Goyo Morales me la regaló un día en Barinas, como diez años después: “Mira, Hugo, esta foto, qué foto”. Allá la tengo guardada, Goyo, muchas gracias, recuerdo de toda la vida.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### ¡STRIKE!

Imagínate que el bateador esté ahí parado y el cuento que yo echo de un mayor. Él “pitchaba” y cantaba. A mí me ponchó una vez allá en los paracaidistas. Una bola por aquí, él mismo cantaba *strike*, y uno reclamaba. “Mi mayor cómo va a ser eso *strike*”. “*Strike*, capitán, batee si puede”.

Después le metí un *foul*. Y en dos *strikes*, un piconazo, pero todo el mundo vio que picó la bola antes del *home*, porque era softbol bombita, además era caliche. Yo estaba cazándolo para meterle una línea entre dos, entre *right* y *center field*. Pero la pelota picó como medio metro antes del *home*, y aquel caballero dijo: “*Strike*, ponchado”. Yo coloqué el bate en el medio del *home* y me retiré, lo que me provocó una reprimenda. “Que es una falta de respeto”, me dijo: “falta de respeto es la suya, que usted va a ponchar a uno así. No, usted tiene que esperar, es el árbitro el que tiene que cantar”.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### ANOTEN ESE ZURDO

Recuerdo cuando decidí venirme a la Academia Militar a probar suerte en la vida, porque quería ser pelotero profesional. Resulta que me vine sin permiso de mi papá. Él quería que estudiara en la ULA, en Mérida, que era más cerca de Barinas. Yo quería ser ingeniero también. Pero agarré un maletín viejo donde metí los *spikes*, el guante y la camiseta de Magallanes, vieja y raída que me ponía de vez en cuando. Y me vine a Caracas a buscar a Chicho Romero, un tío político que estuvo casado muchos años con una tía mía, hermana de mamá. Luego se separaron y él se vino a Caracas pero tío se quedó para toda la vida. Llegué a buscarlo a La Castellana, la casa estaba sola, así que me quedé ahí esperando que alguien llegara. Llegó mi tío como a las cuatro horas, andaba de chofer. Me dio un abrazo y preguntó que hacía por ahí. Esa noche dormí en el carro de esa familia, en el asiento de atrás, porque no había habitación disponible. Me trataron muy bien, me dieron comida.

Al día siguiente Chicho me llevó a la Academia Militar y presenté mi examen. ¿Sabes a quién conocí ese día? A Héctor Benítez, que es para mí un padre. Siempre lo veo, estuvo en Cuba en el juego que hicimos. Héctor fue, precisamente, quien me anotó



en una lista ese otro día que Chicho me lleva porque yo tenía una materia reprobada en quinto año. Venenito ayudó a eso, el profesor de química. Saqué nueve en el examen final, así que en la Academia no aceptaban con materia raspada. Pero nos probaron en el béisbol. Héctor Benítez era *coach* de bateo del equipo de la Academia. Yo tuve suerte. Me lanzaron tres rectas pegadas y metí tres líneas hacia la banda derecha. Recuerdo que Héctor Benítez dijo: “Anoten ese zurdo”. Anotaron al zurdo Hugo Chávez y por eso entré yo a la Academia Militar de manera temporal, mientras reparaba la materia.

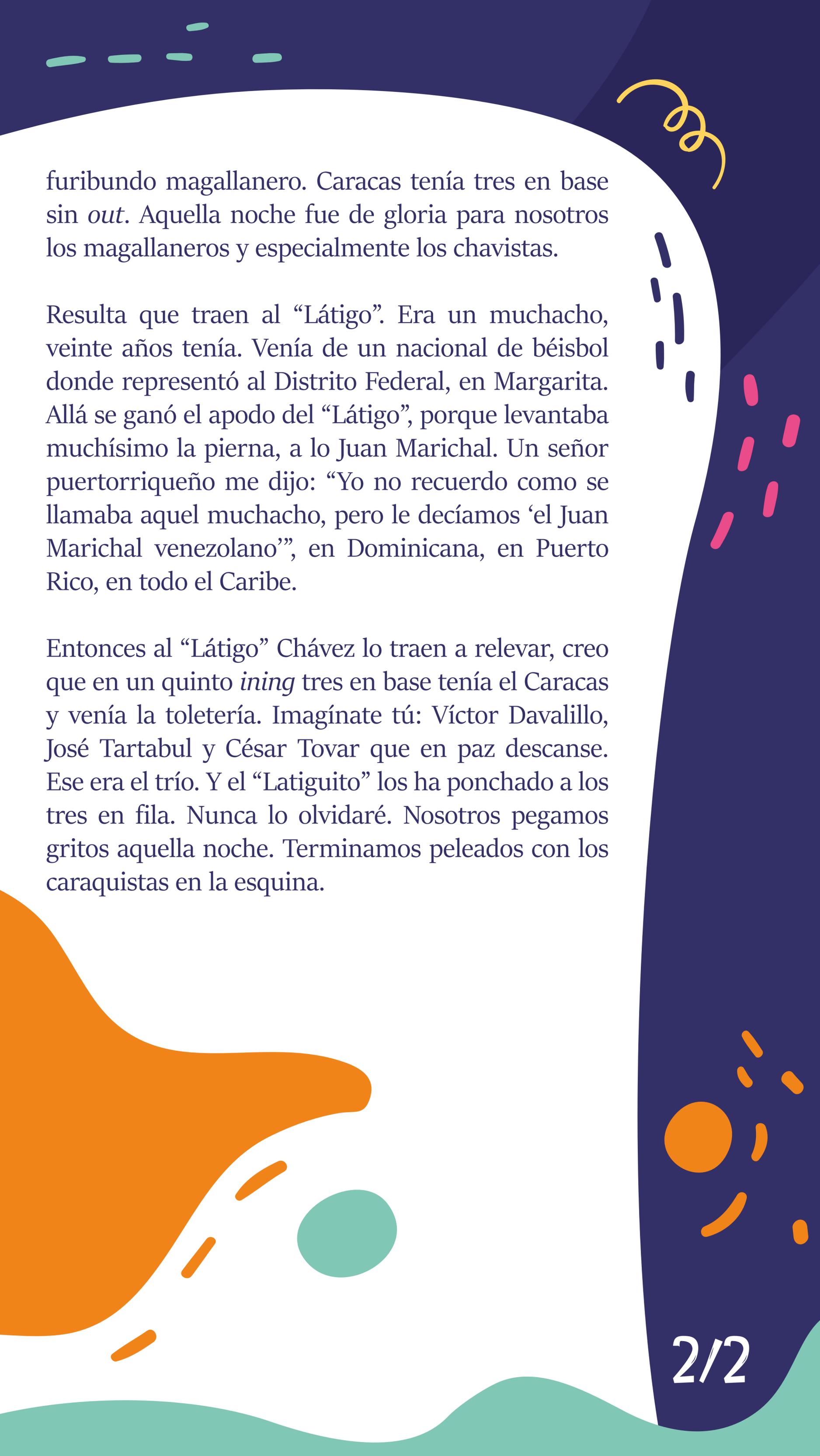
HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN  
COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

## EL “LÁTIGO” CHÁVEZ

Nunca olvido que ese fue uno de mis sueños. Detrás del ejemplo del “Látigo” Chávez. Isaías Chávez, a quien yo admiré tanto y que murió el año 1969 cuando iba hacia las Grandes Ligas. El “Látigo” tenía 23 años cuando cayó aquel avión, allá en Ziruma. Era un domingo, me levanté un poco tarde. A mí se me vino el mundo. Tenía, catorce años y el sueño de ser como el “Látigo” Chávez.

En ese tiempo uno no veía televisión. Uno oía los juegos por un radiecito de pila. Nos poníamos en grupo los vecinos a oír el juego. Yo le seguía la pista al “Látigo” en una revista que llamaban Sport Gráfico. Al “Látigo” Chávez lo operaron de una calcificación en el codo del brazo de lanzar, comenzando el ‘68. Así que en esa temporada no jugó. Iba al *dogout* y aparecía por ahí. De vez en cuando trotaba con el equipo Magallanes. Así que lo extrañamos mucho el año ‘68, bueno y no volvió. Se fue para siempre.

Una noche, en 1967, jugando contra el Caracas, estábamos ahí en la placita Rodríguez Domínguez oyendo el juego, caraquistas y magallaneros. Ahí estábamos todos, vecinos y amigos. Mi papá pues,



furibundo magallanero. Caracas tenía tres en base sin *out*. Aquella noche fue de gloria para nosotros los magallaneros y especialmente los chavistas.

Resulta que traen al “Látigo”. Era un muchacho, veinte años tenía. Venía de un nacional de béisbol donde representó al Distrito Federal, en Margarita. Allá se ganó el apodo del “Látigo”, porque levantaba muchísimo la pierna, a lo Juan Marichal. Un señor puertorriqueño me dijo: “Yo no recuerdo como se llamaba aquel muchacho, pero le decíamos ‘el Juan Marichal venezolano’”, en Dominicana, en Puerto Rico, en todo el Caribe.

Entonces al “Látigo” Chávez lo traen a relevar, creo que en un quinto *ining* tres en base tenía el Caracas y venía la toletería. Imagínate tú: Víctor Davalillo, José Tartabul y César Tovar que en paz descanse. Ese era el trío. Y el “Latiguito” los ha ponchado a los tres en fila. Nunca lo olvidaré. Nosotros pegamos gritos aquella noche. Terminamos peleados con los caraquistas en la esquina.



# EL ARAÑERO



HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN  
COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

## CAIMANERA EN EL BARRIO COROMOTO

Nosotros teníamos el equipo de béisbol de la Rodríguez Domínguez e íbamos a jugar los fines de semana al barrio Coromoto, más allá del aserradero. Pero ese era un campo, un peladero ahí y aquel tierrero compadre, como talco, la tierra floja. Porque pasaban muchos camiones por ahí, roleros.

Viene un tipo del barrio Coromoto, uno altote, y batea un *rolling*. Yo agarro el *rolling*, pero él sale corriendo arrastrando los pies. Claro, esa era la técnica. Aquel tierrero y uno no veía la primera base, un desastre. Yo lancé a primera pero él iba corriendo levantando tierra. La primera base no vio el tiro y la pelota se fue. Él siguió levantando polvo, y segunda, tercera. Llegó a *home*, anotó en carrera. Imagínate tú, el barrio Coromoto. Nunca se me olvidan esas tremendas caimaneras. Ahí jugábamos todo el día sábado y domingo.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### LAS CUENTAS DE ROSINÉS

Ustedes saben quién me imita a mí, pero perfecto, Rosinés. Se para y saluda: “Permiso, mi comandante en jefe”. Un día, caminando por entre unos árboles, andaba vestida de soldado, me dijo: “Papi, yo quiero ser paracaidista”. Por supuesto la idea no me gusta mucho. La María, mi hija, fue la que se lanzó de un avión. Aquí está uno de los culpables, se lanzaron sin avisarme a mí, chico.

Ahora Rosinés me dice que quería ser paracaidista y ella estaba sacando la cuenta —fíjate, matemática—. Ella tenía como siete años, empezando en la escuela, segundo grado. Yo le dije: “Tendrás que esperar a ser mayor de edad”, ganando tiempo. “Tendrás que esperar a que cumplas dieciocho años”. Se puso a sacar la cuenta, la carajita. Seguimos caminando y al rato se para: “¿Papi, o sea que faltan once años para que yo pueda saltar en paracaídas?”. “Bueno, más o menos por ahí, once años”. Y seguimos caminando con unos perros, porque ella tenía unos perros allá. Se para otra vez: “Papi, ¿cuánto te queda a ti de presidente?, ¿hasta el 2021?”. Yo le dije, “no, no, yo no sé”. “Bueno, 2021 será”.

Sacó la cuenta: “Oye, te quedan a ti trece años, o sea que cuando yo cumpla dieciocho a ti te quedan como tres de Presidente”. Le dije: “Yo no sé, pero eso es la cuenta que tú estás sacando”. “¿Y tú podrás saltar?”, “¿cuántos años tendrás tú?”, “¿cincuenta, sesenta y pico de años?”. O sea lo que ella estaba pensando era tirarse conmigo de un avión, compadre. “no nos tiraremos de un avión, mi vida, pero podremos jugar dominó, a lo mejor, o jugar...” “¿Qué?”. “Bolas criollas que te gustan tanto”.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### EL ARAÑERO

Ustedes saben que yo vendía arañas. Desde niño, más o menos, tengo noción de lo que es la economía productiva y cómo vender algo, cómo colocarlo en un mercado. Mi abuela terminaba las arañas y yo salía disparado. ¿Pa' dónde iba a coger? ¿Pa'l cementerio? estaría loco. Allá estaba a lo mejor una señora acomodando una tumba, a lo mejor un entierro. Si había un entierro entonces yo aprovecharía ¿verdad? Pero no, ¿pa' dónde? Pa'l Bolo. Más de una vez mi papá me regañó: “¿Qué haces tú por aquí?” “Vendiendo arañas, papá”. Todas las tardes, a las cinco, se veían allá los hombres del pueblo. Mi papá jugaba bolos porque él es zurdo y lanzaba bien.

En el bolo yo vendía la mitad, y después pa'l cine. La concentración, pues, en la Plaza Bolívar. A la salida de la misa estaba yo, mire, con mi bichito aquí: “Arañas calientes”, no sé qué más. Y le agregaba coplas: “Arañas calientes pa' las viejas que no tienen dientes”, “arañas sabrosas, pa' las muchachas buenamozas”, cosas así. Arañas calientes, araña dulce, pa' no sé qué. Yo inventaba, ya casi se me olvidaron las coplas. A las muchachas yo les cantaba. Dígame si salía por ahí Ernestina Sanetti, ¡ah!, yo le cantaba. Ernestina Sanetti, Telma



González, de las bonitas del pueblo. Entonces vendía mis arañas ahí donde estaba el mercado y la concentración.

¡Cómo olvidar las fiestas de Sabaneta! Yo era monaguillo, tocaba las campanas, y había que tocarlas duro los días de fiesta. Y la abuela: “¡Huguito, hay que buscar más lechosa!”. Porque en los días normales yo vendía no más de veinte arañas dulces; eran dos bolívares con un real. En cambio, en las fiestas se vendían hasta cien arañas diarias. Mi abuela se levantaba muy temprano. Yo la ayudaba; le comía las paticas a las arañas. Y le regalaba una a Hilda, que me gustaba aquella muchachita. Me quedaban por lo menos dos lochas todos los días, para montarme en la montaña rusa y la vuelta a la luna aquella. Me gustaba ir al circo y ver a las trapecistas bonitas que se lanzaban. De cuando en cuando iba un elefante, un tigre en una jaula, y uno vivía las ilusiones del mes de octubre. Dígame en las fiestas patronales. ¡No! Estábamos en emergencia, había que buscar lechosa no sé, hasta allá en el río, porque se vendía mucho, y además no teníamos competencia. La única casa donde se hacían arañas en este pueblo era la casa de Rosa Inés Chávez. Sí, un monopolio.





# EL ARAÑERO



HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN  
COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

## LOS FANTASMAS DE SABANETA

Estaba recordando a mi compadre Alfredo Aldana, en Sabaneta, al “Chiche” Frías, a “Pancho” Bastidas, “Cigarrón” Tapia. Yo era un niño como de diez años, ellos eran unos zagaletos de catorce y quince. En las noches se ponían una sábana blanca. Yo los veía, porque mi primo “Chiche” Frías era uno de ellos. Después que Mauricio Herrera, que en paz descansa, apagaba la planta eléctrica de mi pueblo, salían con la sábana blanca por Sabaneta haciendo ¡uuuuuh!, corriendo por la plaza, por el cementerio. Eran malos, traviesos. Uno sabía que eran ellos, pero yo callaba. En ese tiempo más de un fantasma de esos brincaba una cerca, cuestiones hasta de amores.

Una noche le pusieron una vela, por la orilla de la madre vieja a mi pobre viejita. Creo que fue mi primo Adrián Frías, era otro que a veces se disfrazaba. Pues pusieron una vela en el patio de la casa vieja de mi abuela. Ella estaba muy asustada: “¿Te das cuenta?, ¡ahí están los muertos!”. Tuve que decirle la verdad: “No, abuela, es que los muchachos quieren llevarse un saco de naranjas, entonces ponen una vela para que la gente se asuste y no se acerquen al patio”. Los fantasmas de Sabaneta.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### SOY FELIZ TRATANDO DE AYUDAR

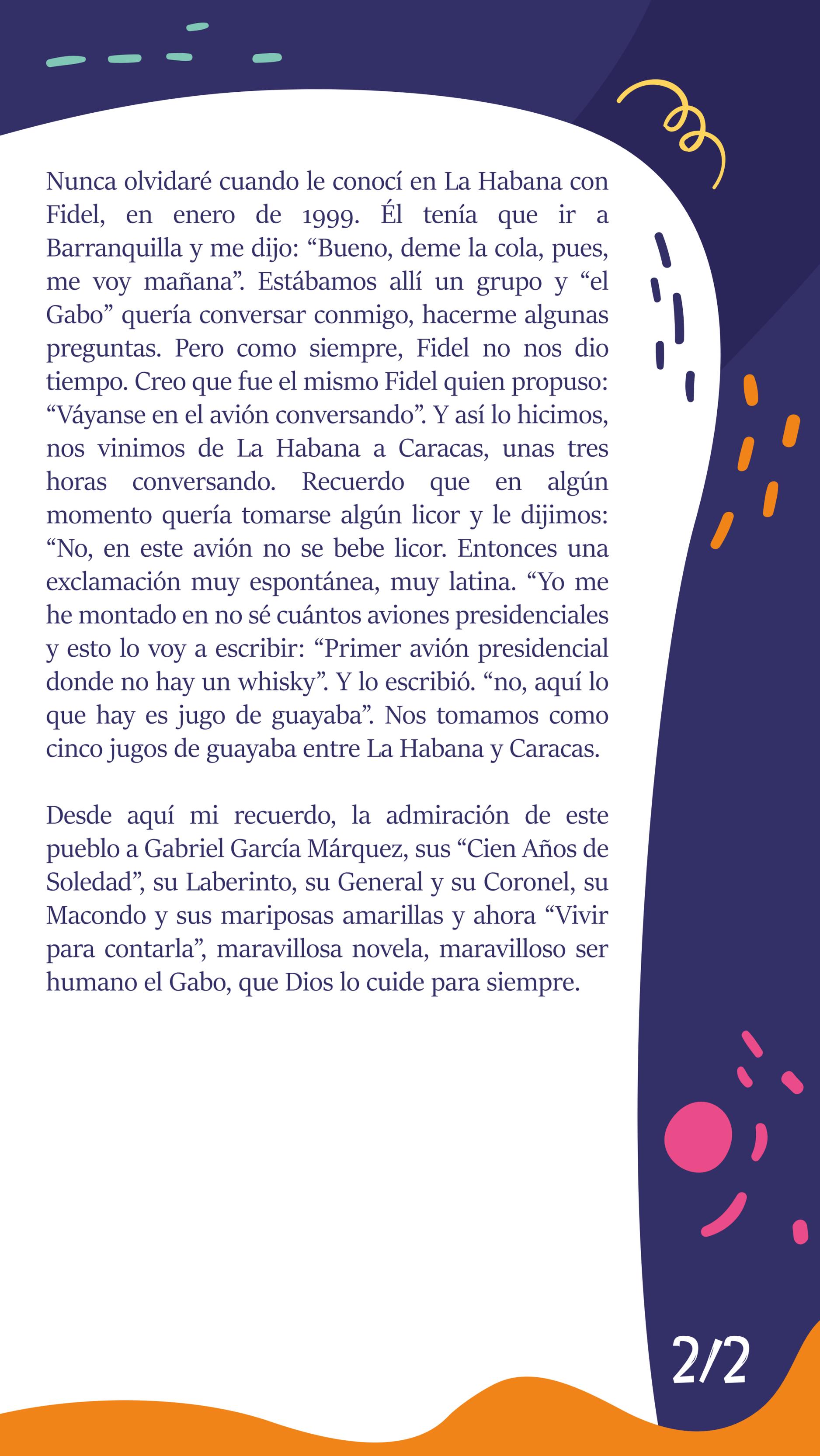
Recibí la semana pasada a un niño que me estaba pidiendo una pelota. Él quiere jugar béisbol. A mí me da mucho dolor. Por supuesto, no voy a decir su nombre, porque es un drama familiar. Se separaron el papá y la mamá. El papá se fue para otra parte lejana del país con una nueva esposa. La mamá del niño se fue con un nuevo esposo para otro lado, y el niño se quedó con su abuela. Y la abuelita vive de alquilar dos cuartos en la casa que no es de ella. Está pagando la casa alquilada, pero alquila dos cuartos, y al abuelo le cortaron las dos piernas por la diabetes. La viejita anda buscando a ver cómo.

Ese muchachito está estudiando, pasó con 19 puntos para quinto grado. El quiere jugar pelota, hermano, y allá fueron. Se sentaron en las sillas donde se sientan los jefes de Estado. “Siéntate ahí”, le dije. “Chico, mira a Bolívar”. Ahí está el retrato grande de Bolívar y la espada de Bolívar, la réplica y vean, este es el palacio del pueblo. El niño se fue con su pelota, con un batecito y además, le conseguimos una inscripción en la liga de béisbol menor que funciona allá en Miraflores. Bueno, yo soy feliz tratando de ayudar a alguien, aunque sea con una pelotica, con un abrazo. A la viejita vamos a ayudarla, a su esposo que está impedido, no puede caminar, la silla de ruedas no sirve, está vieja. Es un drama.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### EL GABO

Estuve esta madrugada hasta tarde con Gabriel García Márquez. Me ha regalado este libro, “Vivir para contarla”, tremendo regalo. Aquí recoge toda una vida, desde su niñez. Dice que cuando era niño ya era contador de cuentos, inventaba cosas y se ganó la fama en su familia de ser adivino. Es el realismo mágico en su máxima expresión. No hay nada como la lectura para meterse en el mundo de lo real y también de lo mágico, de lo maravilloso y sobre todo novelas como ésta, de un hombre que ya es leyenda, premio *nobel* de Literatura y para orgullo nuestro, latinoamericano, colombiano y, además, gran bolivariano. Qué gran novela, “El general en su laberinto”. Él dice que su abuelo era coronel y de allí a lo mejor esa novela, “El coronel no tiene quien le escriba”. “Por aquí anda Bolívar”, le dijo un día el abuelo al niño García Márquez, cuando pegaba el retrato del Libertador. “Este es el hombre más grande que ha nacido en la historia”. Entonces el niño se quedó pensativo y le preguntó, recordando algo que le había dicho la abuela: “¿Simón Bolívar es más grande que Jesucristo?” El niño preguntón puso en dificultades al abuelo, que respondió: “Una cosa no tiene nada que ver con la otra”. Y el niño quedó con aquello de que esos dos hombres eran los más grandes de la historia.



Nunca olvidaré cuando le conocí en La Habana con Fidel, en enero de 1999. Él tenía que ir a Barranquilla y me dijo: “Bueno, deme la cola, pues, me voy mañana”. Estábamos allí un grupo y “el Gabo” quería conversar conmigo, hacerme algunas preguntas. Pero como siempre, Fidel no nos dio tiempo. Creo que fue el mismo Fidel quien propuso: “Váyanse en el avión conversando”. Y así lo hicimos, nos vinimos de La Habana a Caracas, unas tres horas conversando. Recuerdo que en algún momento quería tomarse algún licor y le dijimos: “No, en este avión no se bebe licor. Entonces una exclamación muy espontánea, muy latina. “Yo me he montado en no sé cuántos aviones presidenciales y esto lo voy a escribir: “Primer avión presidencial donde no hay un whisky”. Y lo escribió. “no, aquí lo que hay es jugo de guayaba”. Nos tomamos como cinco jugos de guayaba entre La Habana y Caracas.

Desde aquí mi recuerdo, la admiración de este pueblo a Gabriel García Márquez, sus “Cien Años de Soledad”, su Laberinto, su General y su Coronel, su Macondo y sus mariposas amarillas y ahora “Vivir para contarla”, maravillosa novela, maravilloso ser humano el Gabo, que Dios lo cuide para siempre.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### POMPEYO DAVALILLO

Recuerdo a Pompeyo Davalillo, impresionante pelotero. Era el líder ahí en el *dogout*, sabía cómo motivar a un equipo a dar la batalla, cómo trascender lo individual. Nunca olvido a Pompeyo y sus jugadas, su maestría. Me tocó la maravillosa oportunidad de ser su *coach* y asistente. Y él me decía: “Chávez, si el juego es a las diez de la mañana, deben tenerme el equipo a las siete en el terreno. Uno se acostumbró siempre a una hora antes, dos horas antes, pero ¿tres horas?! Y era para conversar, mirando al adversario. “Mira, aquel que va allá es el *center field*, tiene buen brazo”; “aquel es el primer bate, batea la recta de afuera”. Y hablando con el *pitcher* y con el *catcher*. En una ocasión nos enfrentamos a un equipo que era mucho mejor que el nuestro. Mejor “pitcheo”, bateo, mejor defensa, así que era una batalla muy dura.

Era el juego final de un campeonato militar. Y Pompeyo me dijo: “Vamos a ganar este juego así, chiquitico, con jugadas. Y el *catcher*, en cada lanzamiento miraba a Pompeyo y era él quien le decía: “Curva”. Y señas: “Afuera”. Se ponía la mano en la rodilla, aquí era adentro, allá afuera; una mano aquí, otra mano por el otro lado. Era impresionante, aquel hombre dirigía el equipo lanzamiento por



lanzamiento, y comiendo caramelos. Llegamos al séptimo *inning* cero a cero. Se nos cayó la defensa, *rolling* al *short*, tiro malo a primera. Un toque de bola, el *pitcher* agarra, tira mal a segunda. Entonces me dijo Pompeyo: “Así no se puede ganar. Más no puedo”. Y perdimos el juego tres a dos. Hicimos después dos carreras a punto de toque de bola, robo de bases, un *hit and run*, un *squeeze play* suicida, bueno, casi ganamos el juego.

¿Jugar contra Pompeyo? Miren, ¡hay que ponerse las pilas! fue *manager* del equipo de béisbol de la UCV durante muchos años y en la Academia Militar nos tocó jugar contra ellos. Cualquier jugada era posible. De repente con dos *outs*, ¡pum!, toque de bola, y todo el mundo quedaba sorprendido. Doble robo, hombres en segunda y primera, robo retardado. Pompeyo Davalillo hacía eso, mandaba a hacer el robo retardado, y se volvía loco todo el mundo. Un día mandó triple robo retardado. Tres en base, sin *out*, triple robo, toque de bola, ¡terror!, el otro equipo se aterrorizaba. Con un estratega como ese, ya el otro equipo está temeroso; cuidado, que cualquier cosa puede ocurrir. A veces incluso rompiendo las reglas.

Pompeyo Davalillo no quiso ir a la fiesta después del juego de softbol. Quedamos empatados contra la Unellez de Barinas, y me dijo: “Mira, Chávez, yo lo que quiero es jugar dominó, chico”. ¿Aquí juegan dominó también? Y se fue por allá a jugar dominó y perdió hasta la cartera.

## HISTORIAS ILUSTRADAS DE UN COMANDANTE LLAMADO CHÁVEZ

### EL RUMOR DE LA MUERTA

¡Mire!, este tema de los rumores y como un rumor y otro bien planificado, de manera perversa, puede alterar la paz, la tranquilidad de un pueblito, o de un grupo humano o de un país completo. Hay muchos ejemplos que uno ha vivido. Yo les voy a contar uno:

Cuando éramos cadetes había uno llamado José María Morales Franco. Le decíamos Willy Mora, un cadete muy famoso. Yo le guardo mucho afecto y recuerdos. Coincidimos en el pelotón, nos hicimos amigos. Él era más antiguo. Varias veces salimos por Caracas de permiso, a una fiesta. Él cantaba muy bien. Allá está en Maturín, pidió la baja de teniente. Willy Mora era un personaje. Éramos de la sala de periódicos, porque yo dibujaba más o menos, y me gustó siempre el trabajo de cartelera desde niño. Sacábamos un periodiquito con un multígrafo. Me gustó siempre todo eso: escribir, dibujar, leer, las ideas pues. Él era el jefe de la sala de periódicos. No dibujaba nada, pero era muy creativo.

A veces Willy, en las noches, hacía brujería en la sala. Jugaba la “ouija”. Nos llamaba a los nuevos y salía con una capa negra, una capucha ahí. Tenía su show con la “ouija”. Willy Mora cantaba en una discoteca llamada La Cueva del Oso, en Plaza Venezuela. Uno iba de vez en cuando, una novia por ahí. Una noche estoy allí cuando veo a alguien que sale cantando en liquiliqui. Yo estaba de civil sin permiso, porque no daban permiso para vestirse de

civil. Entonces, Willy Mora dice: “Le doy un saludo a los brigadieres que están de civil, allá”. Él cantaba ahí los sábados y domingos cuando salía de permiso. Cantaba muy bien, Willy Mora.

Varias veces estuvo arrestado. Una vez lo pusieron a cantar en la clausura de unos juegos inter institutos. Salió con una capa y comenzó a cantar: “Ay Rosa, Rosa dame de tu boca, esa furia loca que mi amor provoca”. Ese era Sandro, ¿te acuerdas de Sandro? “Ay Rosa, dame todo tu sueño, dueño de tu amor quiero ser, ay dame de tu ayer, las heridas...” Él bailaba, se movía mucho, y en la escuela militar de aquellos años la cosa era más rígida. De repente se quita la capa, la lanza al público y le cayó encima al general. El general se puso rojo, colorado. De ahí salió para el calabozo Willy Mora. Pero él iba cantando, ese era feliz. Yo una vez le dije: “Mi teniente, usted se equivocó de carrera”. “es verdad, yo creo que me equivoqué de carrera, yo no he debido ser militar”.

Willy Mora un día inventó algo. Llegó al pelotón una madrugada y se armó un alboroto. Nos levantó a dos o tres de nosotros, después despertó al otro, y al brigadier. Tenía cara de horror. “Miren como estoy frío, me acaba de salir la muerta”. Vino con un cuento de que una muerta salía en la reja de la enfermería, donde yo monté mucha guardia. Luego echaba el cuento toda la mañana. Lo llamaban los alfereces: “Mira, nuevo, ¿cómo es el cuento?”. Además tenía una gran capacidad histriónica. Él decía: “Mire, mi alférez, yo estaba así con mi fusil caminando, pasando revista, y de repente siento como un silbido que pasa: ¡pis! Di la vuelta y está bajando una nube blanca. Y me digo: ‘¿Será que estoy dormido, o será mi brigadier Izaguirre Guarisma?’”. Era un brigadier que se encamaraba en los techos y pasaba revista. Decía que al que le llegara cerca estaba raspado. Uno tenía que estar pendiente del techo, porque él, a veces, se venía por



el techo. Primero uno lo tomaba como un chiste, un cuento, ¿no? Pero él insistió tanto y después eso corrió como pólvora. A mí me tocó montar guardia tres días después en la bendita reja esa, y les juro que monté guardia electrizado por el miedo. Porque es una cosa oscura y como es la enfermería, parece que ahí se murió alguien una vez, no de un tiro, se murió de un infarto. Entonces en la lavandería decían, para echarle cosas al cuento: “no, ahí se murió una señora hace como veinte años de un infarto, cayó muerta”, “esa debe ser la de la lavandería”, “no, que a lo mejor es no sé quién”. Empezaron los cuentos.

Aquello generó un estado de pánico en las noches. Un nuevo, por allá, en el gimnasio le echó un tiro a un brigadier que andaba pasando revista. El brigadier Rondín andaba pasando revista por los puestos; el nuevo estaba lleno de miedo y entonces vio, ¡pam!, y le echó un tiro. A los pocos días llegó corriendo a la prevención, en la madrugada, otro cadete de segundo año, sin casco y sin fusil. Dice que vio a la muerta.

¿Saben en qué terminó todo? Como dos semanas después, un estado de pánico en las noches. Primero dieron la orden de que no se apagaran las luces de noche, todas las luces prendidas. Segundo, que nadie montara guardia solo, sino de a dos. El pánico prende como la candela. No estoy exagerando nada de esto. Y además de todas estas medidas, y otras que no recuerdo, muchas charlas. Me acuerdo que nos llevaron a todo el batallón a recorrer los pasillos y el cura, viejito ya, adelante echando agua bendita. Todos íbamos rezando. Parecía aquello un seminario, parecíamos monaguillos o seminaristas. Ahí en la reja esa se hizo una misa para que llegara la calma al batallón de cadetes.